

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

Ya tenemos casi casi Córtes Constituyentes, encargadas de arreglarnos á la medida la república que nos encapillaron los radicales, obedeciendo á los grupos que á las puertas del Congreso fueron á pedir la federal, cuando el inofensivo D. Amadeo dijo *Otro talla*, harto ya de radicales y hasta de radicalas.

Por lo que he visto en las listas de los candidatos favorecidos que han publicado los periódicos, todos, ó casi todos, son *federales*, que *federales* me parece que quiere decir la F que acompaña en esas listas al nombre de cada padre de la patria, á no ser que quiera decir *feo*, ó *fantasmon*, ó *fanfarron*, ó *fachendoso* ú otra cosa peor.

De modo y manera que, si Dios no lo remedia, de aquí á un mes, ó cosa así, ya seremos *federales*, querramos ó no, y estará España dividida en estados, para lo que Vds. gusten mandar, en estados y en estaditos, y todos seremos libres, autónomos, y hasta astronómicos, porque veremos las estrellas, si á mano viene.

Ya está cercana nuestra felicidad, toda vez que la federal es la *Revalenta* política que todo lo cura, al decir de sus partidarios, verdaderos *Dulcamaras* capaces de resucitar á un muerto, con solo ponerle el gorro consabido.

La apertura de las Constituyentes se solemnizará con un semestre de contribucion adelantado, que no es mucho pagar por tener el gusto de llamarse ciudadano autónomo, ó número tantos del canton tal ó cual.

Veranito como este no nos lo esperábamos... ¿Qué necesidad hay ya de ir á veranear?... Mas frescos que estaremos aquí los contribuyentes, ¿dónde hemos de estar?

Por supuesto que muchos de los que hoy gritan ¡*Viva la federal!* sin saber lo que es, van á sufrir el mayor de los

desencantos imaginables, cuando vean que no tienen trabajo, que no ganan lo que ántes, que todo se vende tan caro como siempre, y que la federal no aprovecha más que á los principales mangoneadores de la política.

Los comerciantes, los industriales, tendrán el gusto de vender muchísimo menos; los propietarios verán con satisfaccion que sus propiedades valen un 50 por 100 menos; la gente rica se irá á gastar el dinero en otra parte, por aquello de la anatomía, digo, de la autonomía, y la gente pobre será mucho más pobre.

Y poco ha de vivir quien no lo vea.

Los señores radicales pueden estar satisfechos de su obra. Ellos han hecho todo esto, y despues de haberlo hecho, ahora ni son diputados, ni tienen destinos, ni algunos de ellos pueden vivir en su patria. Pero no son ellos solos; tambien los progresistas y los unionistas, autores de la revolucion de Satiembre, se ven otra vez en la emigracion, y uno de ellos, el Sr. Topete, se ve en una prision sometido á un proceso.

Parece mentira
pero no lo es.

Su desgracia ahora es mucho mayor y más triste, porque no podrán menos de considerar lo desastrosa que ha sido para la patria la revolucion que hicieron tan sin sentido comun.

Y ahora, lo que falta para coronar la fiesta es que todos esos señores, en vez de procurar la union y la conciliacion, continúen divididos, y soñando en que la república es para ellos, ó en otro rey exótico, ó en ser dictadores ó demonios; y sigan llamándose sagastinos y topetistas, y radicales y cimbrios, desconociendo el interés de la patria en ruinas.

Si hubieran todos elevado al trono al hijo inocente de la reina Isabel, ¿habria sucedido todo lo que ha pasado en estos años de desdichas? Demasiado saben ellos que no.



Los carlistas continúan la guerra; pero es de esperar que en viendo que las Cortes votan la federal, vengán todos á entregar las armas como corderitos, si es que no se caen desmayados ó muertos del susto.

En Madrid hay también reñidas batallas entre republicanos y carlistas de menor edad, que en calles y plazuelas se arriman grandes palizas al grito mágico de ¡Vivan los carlistas! ó al más majito de ¡Viva la federal! Los chicos suelen tener grandes oportunidades. Ellos, con sus gorras de papel, sus palos al hombro, y su bárbaro juego en la vía pública, representan perfectamente la situación de la desdichada España; y al transeunte que pasa descuidado le arriman ó un palo ó una pedrada que le deja patitieso.

Estamos en plena civilización.

Por lo cual se va á suprimir la religión en las escuelas, á fin de que los chicos salgan federales de lo fino y sin mezcla.

Y, ¡viva la libertad!



Se me olvidaba. El Sr. Figuerola ha escrito una carta desde Lisboa, en la que pone como nuevo al Gobierno que preside el general Figueras, y dice que el acto de disolver la Asamblea, ha sido la más insigne locura imaginable.

Señor D. Laureano, el acto más insigne de locura no es ese; lo fué la revolución de Setiembre. Aquella sí que fué locura, D. Laureanito, y V. no ha dicho pocas en el Congreso y en el Senado, y las que ha hecho como ministro de Hacienda, también son de las más garrafales. No diga usted que no.

DESPUES DE LAS ELECCIONES.

De un momento á otro comenzará la invasión de los nuevos diputados constituyentes, como lo demuestran los muchos anuncios de casas de huéspedes, ofreciendo por 6 reales techo, tres comidas, una muda quincenal, agua abundante y una llave de la puerta de la calle para no pagar al sereno.

Y cuando llegue el momento solemne de la apertura; cuando se codeen en los salones del Congreso el intransigente y el benévolo, el orador y el interruptor, y formen el más pintoresco conjunto el pasiego y el andaluz, el catalán y el navarro, el extremeño y el aragonés, y se confundan los dialectos y resuenen las más discordantes interjecciones en el templo de las leyes, empezará á verse que es muy pequeño para tanta gente, y que no hay más remedio que dejar fuera del mismo á varios representantes de las provincias.

Entonces pedirán la palabra doscientos elegidos á la vez, se promoverá un conflicto, los escaños cambiarán de lugar, y hasta el banco azul se pondrá rojo de vergüenza. Pero al ver los diputados que su compañero Garrote se apodera de la presidencia, que el federal Duro coge una maza y que Uña se apresta á ejercer las funciones de secretario, cesarán todos los rumores y se calmará la agitación.

Y dirá el ciudadano Garrote:
«Compañeros, ¡salud y liquidación social! Persuadido de que yo solamente puedo arreglar el cotarro, he resuelto someteros á un interrogatorio, con el objeto de eliminar de este salón á una tercera parte de las personas que le ocupan. Esta medida tendrá un carácter provisional; pues como hemos de matarnos unos cuantos en la legislatura,

se irán cubriendo las bajas naturales con los que tengan hoy que marcharse. ¿Cómo se llama el diputado que bosteza?»

— Santos.

— Pues aquí no queremos santos.

— Pero...

— ¡Silencio! Aquí no hay más Dios ni más Santa María que mi voluntad!

— ¡Pido la palabra!

— ¡Y yo!

— ¿Quiénes son Vds.?

— Santa María.

— Pues no hay palabra: fuera de aquí. Pero ¿quién es ese diputado que se marcha también?

— San Miguel.

— Muy bien hecho. Todos Vds. pueden refugiarse en las iglesias hasta que les toque su derribo. ¡Gracias á Suñer que se han ido! Sigamos eliminando.

— Pido la palabra para una cuestión de orden.

— ¿Su nombre de V.?

— Rojo, diputado federal.

— Tiene la palabra el federal Rojo.

— Diré muy pocas. La medida adoptada por el señor presidente, alejando de aquí al elemento religioso, es muy oportuna; pero necesita completarse eliminando á los monárquicos. Aquí sé que hay Reyes, y que hay un Rey Doce y un Rey Calvo. ¿Ha de decirse que las Cortes monárquicas despidieron á un monarca, y que éstas, esencialmente federales lo consienten? También me consta que hay una Corona y algunos Palacios.

— Basta, que ya la indignación de la mayoría marca el camino que debe seguirse. Huyan de nuestra vista todos los mencionados, y prosigamos eliminando. ¿Cómo se llama el diputado que está leyendo la Gaceta?

— Coronel.

— Pues á mandar un regimiento. Y V.?

— Guerrero.

— Pues á combatir contra los carlistas. ¿Y esos dos señores que se rien?

— Somos Alegres.

— Para alegrías estamos. Sigán á los que se van; y díganme los del banco segundo sus nombres.

— La Rosa.

— Flores.

— Palma.

— Romero.

— Retamar.

— Higuera.

— Encinillas.

— Veredas.

— Valle.

— Coto.

— Basta de nombres: Vds. no deben seguir aquí un momento más: las huertas y los jardines los reclaman.

— Pero...

— No me pongan los diputados en la precisión de usar de mi apellido. ¿Qué quiere el secretario Uña?

— Acaba de presentarse á la mesa una protesta, digna de consideración. Según la misma, en este Congreso, esencialmente democrático, se han introducido un Hidalgo y una Hidalga: ambos dicen ser federales; pero como dijo no sé si Luis Blanc ó Aristóteles, detrás de un mal nombre no puede ocultarse una buena cosa. ¿Qué se hace con ellos?

Varias voces. — ¡A la calle! ¡A la calle!

El Presidente.—Ya lo saben el *Hidalgo* y la *Hidalga*, que han tratado de sorprendernos. Sigamos nuestro interrogatorio.

Una voz.—Aquí ha quedado un *Caballero*.

El aludido.—Sí; pero soy un *Caballero* federal.

El Presidente.—No importa: á la calle. ¿Cómo se llama el que sigue?

—*Casas*.

—Pues á la suya.

—*Lafuente*.

—A la Puerta del Sol.

—*Palanca*.

—A buscar el punto de apoyo para mover la tierra.

—*Rios*.

—Al mar.

—*Puente*.

—A suplir los que *Nouvilas* ha destruido.

—*Pozo*.

—Quédese en el edificio, por si hace falta; pero quédese bajo tierra, como es su deber. ¿Y el que permanece callado?

—Permítame el *Presidente* que no lo diga hasta que se vaya el diputado *Comas*.

—Pues márchese el diputado *Comas*. ¿Me dirá V. ahora?...

—Sí, señor; yo me llamo *Carne* y temia que me comiese el que ha salido.

—Quédese V. aquí, que algun dia puede que nos haga falta: y sigamos preguntando.

—Yo me llamo *Frío*.

—Vuelva V. por aquí en Diciembre.

—Yo *Cabello*.

—Pues márchese V. con el Sr. *Calvo* y *Delgado* que tiene delante; ya que no pueda engordarle, le abrigará por lo ménos la cabeza.

—Aquí estamos juntos cinco *Morenos*.

—Pues sepárense en la calle, aunque solo sea por no haber salido diputado el antiguo republicano y hábil doctor *Rubio*.

—Yo me llamo *Molinero*.

—A su molino.

—Yo *Herrero*.

—A la fragua.

—Yo *Pastor*.

—A cuidar del rebaño.

—Yo soy *Cacho*.

—Pues fuera: que aquí necesitamos gente muy entera.

—Yo *Caro*.

—¡Bonito apellido en esta época de economías!

—Yo *Costales*.

—Quédese el diputado *Costales* en un rincón.

—Yo *Peco*.

—Cuénteselo V. al confesor.

—No: lo que digo es que me llamo *Peco*.

—¿Sí? Pues coja V. de un brazo á su compañero *Malo* y retírense ambos del salón. Sigán saliendo en pós de Vds. el diputado *Barrera*, que puede ser muy útil en la plaza de toros que se está construyendo; el diputado *Plaza*, cuyo apellido nos recuerda los sucesos del 23 de Abril; los diputados *Torres*, que pueden subirse al tejado del Congreso; el Sr. *Muro* y el Sr. *Tapia*, que harán un gran servicio en la Casa de Campo. Los diputados *Lozano*, *Galan* y *Hermosin*, pueden quedarse en el pórtico del edificio viendo pasar á las muchachas; los *Ballesteros* en el vestibulo para defender el edificio, y el Sr. *Alcoba* que, segun mis noti-

cias, quiere entrar en el gabinete, debe salir de esta sala. Ya comprendo que le dará *Grima* quedarse *in Albis*; pero no lo puedo remediar.

Ahora que hemos quedado menos; ahora que la influencia de mi apellido nos ha hecho quedar reducidos á los *Fernandez* y *Garcías*,—á mas de los catalanes, cuyos apellidos no podemos pronunciar,—tenga la bondad de marcharse el Sr. *Ollas*; ábranse las ventanas para que se renueve el aire, y procedamos á la eleccion de la Mesa interina.

AL TRIBUNAL SENTENCIADOR.

El humilde recurrente pide al tribunal que vea esta instancia reverente, y que despues que se lea, se pegue con una oblea al cuerpo del expediente.

I.

¡Oh jueces! perdonadme si levanto mi voz de tantos sabios en presencia; á tal audacia y á descarro tanto disculpas hallará vuestra indulgencia.

Yo que no tengo el genio de *Guerrero* ni su potente y armoniosa lira, quebrar mi lanza en el debate quiero en pró del matrimonio que me inspira:

Que aunque yo solo sé que no sé nada, no me arredro de entrar en la palestra. ¿Podré temer sintiendo ya escudada por la razon y la verdad mi diestra?

Ardo en la llama de la fé más viva ante el valor que el corazon confiesa: ¿á qué pecho no encanta y no cautiva lo noble y generoso de la empresa?

II.

Bueno es el matrimonio en absoluto, yo sostengo esta tésis y la apruebo, y á asegurar me atrevo que el hombre, y solo el hombre necio ó... bruto (¿por qué no he de decirlo?) algunas veces turba la santa paz del matrimonio, y de esto, ¡oh sábios jueces! la diaria observacion es testimonio.

Empiezo, pues, y empiezo condenando la conducta del célibe. ¿Qué ha hecho la mujer, que nos viene consolando desde la cuna hasta el mortuorio lecho?

¿Ofende de una madre la ternura?

¿Ofende de la hermana los cuidados?

¿De nuestras hijas la sonrisa pura

nos ofende tambien? ¡Oh! muy malvado

habrá de ser el hombre, si hay alguno, que al beso maternal llame importuno.

Hija, madre y hermana, tierna esposa, mirad de la mujer los cuatro aspectos.

¿Quién criticarlas osa, del corazon borrando los afectos?

¿Quién á la madre ofende creyéndola capaz de cualquier cosa?

¡Plegue á Dios que esta guerra que se enciende no dure muchos años?

Yo le ruego al Señor de los señores que se firme la paz sin desengaños, sin dudas, ni reyertas, ni rencores.

III.

Quien quiera ser feliz vaya y se abrase
en amor, y eligiendo compañera,
al momento se case;
mas no debe elegir así á cualquiera;
debe buscar una *mujer*. Sepamos
que entiendo por mujer, y así no erramos.

No es *mujer* la cargante *literata*
que olvida las domésticas labores
por meter en política la *pata*,
y criticar la ciencia en los doctores.
Estas, que son por lo comun muy pocas,
se creen una ambulante enciclopedia
y ni bordan, ni cosen, ni hacen media,
ni leen, ni escriben, porque ya están locas.

Ni tampoco es *mujer* la jóven necia
que finje antojadiza mil caprichos
y que sneña con raptos y con *nichos*,
y al jóven que no es pálido desprecia.

Estas que hacen sufrir tantas jaquecas
á los *quintos* de amor, en castellano
se las llama muñecas,
y tienen el cerebro poco sano.
Tampoco de mi crítica se salva
ni es mujer verdadera, por lo tanto,
la que es capaz de desnudar á un santo,
ó al lucero del alba,
y de chupa de dómine vestillos
con su chachara eterna y con su letra:
esta que tiene la cabeza á grillos
se la llama *cotorra*, loro, etcétera.

Ni lo es la que desuella á su marido
y á sus hijos les niega hasta el sustento
por comprarse un prendido,
gastando como mil si tiene ciento.
Ni es mujer mi señora doña Lola
que descende del... niño de la bola;
ni tampoco...; mas noto que se extiende
la clasificación que iba formando,
y eso que no conté la que se vende
en pública subasta ó al contrabando,

EL LAGO DE BRINS

CUENTO DE ALDEA

POR

DON RAMON S. CAMPOAMOR

(Conclusion)

Vicenta, al oír los primeros toques de aquella campana, púsose de rodillas rezando una fervorosa oración. Oración sencilla y pura que debía ser grata al cielo, siendo, como era, dirigida por aquella jóven candorosa é inocente en medio de una naturaleza rica y magnífica velada por un celaje medio oscuro, alumbrado alguna que otra vez por el rápido brillo del relámpago, que cruzaba el espacio en todas direcciones.

No bien acabara de pronunciar las últimas palabras de su plegaria, cuando llegaron á sus oídos frases entrecortadas de una persona que se acercaba; volvió Vicenta en un momento la cabeza y encontróse con la mirada del cadista que estaba ya á muy pocos pasos de ella.

séres envilecidos
que sordos al clamor de la conciencia,
ni se curan de nuestra indiferencia,
ni conocen el fin de los nacidos.

IV.

—¿Dónde está la mujer, entonces, dónde?
me direis.—Yo contesto: no haya pena,
la mujer de virtudes hoy se esconde,
el hálito del mundo la envenena.
No la busqueis en los cafés y calles,
ni en los centros de risa y de jolgorio;
buscadla en lo escondido de los valles,
en las gradas tal vez de un oratorio:
buscadla afable siempre y laboriosa,
reflejando en sus ojos la inocencia;
ella es la vírgen del hogar hermosa,
de los pobres que sufren, providencia.
Buscad y encontrareis. Pero á otra cosa,
que yo jamás á comprender acierto
¡ser español y no querer esposa!
¡siendo español tener el pecho yerto!

Porque ¿á quién (sin ser témpano de hielo)
no conmueve la ardiente travesura
de unos ojos color de terciopelo?
¿Y á quién no vuelve loco, dulce y pura
la luz de aquellos de color de cielo?
¿Hay luces en el mundo más potentes,
hay en la creación soles
que atraigan y que brillen tan lucientes
como dos bellos ojos españoles?

Dicen que temen... ¡oh, vanos temores!
porque ven *matrimonio*... ¡Desatino!
¡como si entre una vírgen y un *rabino* (1)
pudieran existir grandes amores!

No veis que estos publican y repiten:
»A nuestros corazones,
»más que unos buenos ojos, los derriten
»tres pares de docena de millones.
»¿Qué me importan los labios de corales
»sin una buena renta?

(1) Hombre (?) que solo atiende á la dote, sin reparar en cualidades.

Se ignora lo que vió en aquella mirada de extraño y siniestro, lo que comprendió en la manera de presentarse allí tan de improviso, que sin cuidarse de sus ganados, ni de cuanto le rodeaba, echó á la carrera hácia el lugar, como dominada por una fuerza invisible que le protegía en aquel momento.

Siguióla el cadista; pero eran sus pasos tan inciertos, tan vacilantes y poco seguros, que Vicenta pudo recorrer el llano y pasar por delante de la *laguna* sin ser alcanzada.

En estos momentos descargó un aguacero terrible y sin ejemplo en aquel lugar; llovía de una manera inusitada, y la oscuridad cada vez era mayor; de manera, que cuando el cadista quiso pasar por el mismo sitio por donde lo había hecho Vicenta, ya el agua de la *laguna* lo había cubierto del todo.

Ante este obstáculo encontróse sorprendido, y por algunos momentos estuvo nuestro cadista medio indeciso si seguir adelante ó retroceder; pero pudo más en él la ciega pasión que le dominaba, aumentada con la exaltación de su cerebro, y resolvió continuar su desalentada carrera.

Sin embargo, aquellos instantes de vacilación le fueron fatales, porque perdido el tino y la ruta que llevaba, cada vez se fué metiendo más en el mayor peligro, dirigiéndose

«Esta es la verdadera Revalenta
que es capaz de curar todos los males.»

Donde está el interés, el amor huye,
paz y religion, todo destruye.

Esto observa Sepúlveda; en seguida
desata *la sin hueso*, y ¡buena vida!

¿Quién se casa en el siglo diez y nueve!

¡A ver! ¿Quién es el guapo que se atreve?

Sí, señor don Ricardo: á nadie aterra
la idea del casorio.

¿No hay mujeres virtuosas en la tierra?

Buscad y encontrareis. Si hay purgatorio
quizá en los casamientos

es del hombre la culpa. No ha sabido
buscar una mujer, que haya tenido
un corazon de nobles sentimientos.

¿Que es malo el ser esposo! ¡Buen capricho!

Vamos á ver, y á V. ¿quién se lo ha dicho?

¿Cómo puede saber lo que asegura,

si V. jamás fué esposo,

si no sabe á que sabe el ser marido?

¡Ah! con pelar la pava ó hacer el oso

no se aprende á filósofo aburrido (1).

Yo pido, pues, á jueces y fiscales
que en consideracion á este alegato
declaren que es traidor el celibato
contumaz á los lazos conyugales.

Otrosí: Tambien digo

que obliguen á Sepúlveda, en castigo

de su falta, á casarse prontamente

con una mujer fea, regañona,

romántica, barbuda y maldiciente,

y si puede ser, tuerta

que se llame Ramona,

ó Cleta ó Robustiana, ó bien Ruperta,

si es que existe en España tal capricho.

Al que no quiera caldo, siete... He dicho.

B. A.

Mayo de 1873.

(1) Cuerdos y locos.—Campoamor.

hácia el centro de la laguna, en donde envuelto, entre las
aguas desapareció para siempre.

—Y aquí teneis el término de mi cuento, que á buena
hora se acabó, pues va siendo tarde para poder llegar á
Santiago á las primeras vísperas.

—Pero, vamos á ver, ¿y no se supo nada más, ni se vió
siquiera el cadáver del cadista? preguntó al buen viejo uno
de los curiosos.

—¿Y qué se hizo de Vicenta? acertó á decir otro.

—Andando os lo contaré.

Y vuelto á tomar cada uno nuestros lios y atados, em-
prendimos de nuevo el camino, y el viejo continuó di-
ciendo:

—Al dia siguiente corrió la voz por el lugar de que en
la laguna nadaba el cadáver de un hombre, y de que aquel
hombre era el cadista Juan Brins.

Las piadosas aldeanas, hablando unas con otras de ven-
tana á ventana, sostenian el diálogo siguiente, que guar-
da tambien la tradicion, y yo voy á referiros.

—¿Qué castigo de Dios, Andrea! ¡qué milagro! decia una
de aquellas; ¿has visto tú la laguna? parece un rio grande,
y cubre todo el llano... Eso es, vaya, para que dijese el se-
ñor cadista que no había Providencia... que mire ahora si
la hubo... si fué un castigo ejemplar.

EN SAN ISIDRO.

—¿A peseta las rosquillas del ciudadano, de limon y canela!

—Diga V., buena mujer, ¿qué clase de rosquillas es esa?...

—Toma, señor, ¿qué rosquillas han de ser?... las del Santo;
pero como anda por aquí tanto federal, no me atrevo á decir del
Santo, no crean que soy una carlista ó cosa así, y me dén que
sentir!

—Es V. mujer prevenida.

—Hija, porque una está muy escamá.



—Me alegro de encontrarte Brasa.

—¿Tenia V. que decirme algo por casualiá?

—Tenia que decirte que te he visto hablando con un volunta-
rio, y como te acordarás de que me diste palabra de no hablar
con nadie en el mundo...

—Pues hijo, ya sabias tú que yo era federala, aunque me esté
mal el decirlo.

—¿Y qué?...

—Nada: que siendo tú miliciano de los desarmaos en la plaza de
los toros, digo yo, me parece que desde aquel punto y hora en
que te desarmaron, concluiste para mí.

—Pero, Brasa, ya sabes que fué una de esas cosas que suce-
den... y luego que yo creo que la politica no tiene que ver, pon-
go por caso, con que se quieran un hombre y una mujer.

—Vaya, adios, y que te alivies, que no quiero que me vea con-
tigo una persona; porque aunque una sea lo que sea, una tiene
que perder, y esa persona me quiere para casarse conmigo, lo
cual tú te hacias el remolon, y una señora está á lo que más le
convenga...

—Pues adios, y ya puedes decir que me has hecho la mayor
perrada del mundo.

—Eso lo dirás tú, si quieres; que yo si te he visto no me acuer-
do. Desde que te desarmaron en la plaza, se me quitó toda la ilu-
sion.

—Ya te saldrá á la cara...

—Mira, hombre, cuidados ajenos matan al asno. Por tí lo digo.



—Diga V., señora Andrea, añadia otra aldeana más ha-
bladora, él no la dejaba, persiguiéndola sin descanso...
ayer justamente se fué á sorprenderla á las orillas de la
laguna, y Dios hizo que creciese tanto... tanto... como se
ha visto esta mañana, para salvar á Vicenta y castigar á
Juan...

—¡Ah! sí, prorrumpieron todas á coro, la pobre mucha-
cha es una santa...

Desde aquel dia, memorable en los fastos de la peque-
ña aldea de Rohan, la laguna donde acostumbraban á be-
ber los ganados de todo el vecindario, recibió el nombre
de Lago de Brins, en memoria de aquel trágico suceso,
y por el prodigioso aumento que en aquella noche toma-
ron sus aguas, que se extendieron á muy larga distancia.

Casualmente al llegar el buen viejo á este punto de su
historia, divisamos las torres de la catedral, pues habiamos
llegado en aquel momento al crucero del Pedroso, desde
donde dominábamos todo el pueblo, y segun antigua cos-
tumbre, nos arrodillamos á saludar y venerar al sepulcro
del Apóstol, haciendo despues nuestra entrada en la ciu-
dad á disfrutar de las grandes fiestas que estaban prepa-
radas para entretener á los romeros.

—Faltó, vamos á recoger el escudo...

—Ciudadana, ¿quiere V. que la convide á escabeche de besugo?
 —Diga V., ¿en qué bodegon hemos comido juntos?...
 —Ciudadana, no se ponga V. tan seria, que yo no la he querido ofender á V., ciudadana.
 —Vaya, déjeme V. en paz, y tenga V. cuidado no se le caiga la gorra colorada, que será lástima que le suceda alguna avería, vamos al decir.
 —Es V. muy guapa, y tiene V. mucha gracia, ciudadana.
 —¡Jesús, qué mosca es V., hombre!
 —No se enfade V., ciudadana.
 —Pero, hombre, si yo soy carlista legítima... ¿le parece á usted que me gustará que me camele un *republicano*?... Y no se arime V., que le pego un revés que le dejo tiritando.
 —Vaya, no tiene V. poco fuero.
 —Porque se puede.
 —Si yo fuera otro, ahora mismo daba parte.
 —¿Parte de qué?... ¿De que es V. un lila?... ¡Jesús, que me ha metido miedo el hombre!



—Señor, ¿quiere V. llevar rosquillas?...
 —Sí, señora.
 —¿Cuántas libras?...
 —Las que V. quiera, buena mujer.
 —Le pondré á V. dos; son á tres reales.
 —¡Ah! entonces no me las ponga V.
 —¿Pues no decía V. que las quería llevar?
 —Contestaba á la pregunta de V.
 —¡Vaya una irrisión! ¡Que tío guason!
 —Repórtese V., señora, que yo no le he dicho á V. nada que le pueda ofender.
 —Usted será un realista.
 —Sí, señora, soy de la *canalla realista*, como he leído en un papel, y no tengo un cuarto para rosquillas.
 —¿Y á qué viene V. á San Isidro?
 —A pedir al Santo que haga el milagro de abrir los ojos á sus paisanos.
 —¡Anda, anda! pues si San Isidro es más federal que D. Roque Bárcia.
 —¡Jesús, qué disparate!



—Oye, tú, Nicolasa, ¿No es esa la hija del Sr. Paco, el tabernero?
 —Te lo iba á decir yo ahora mismamente.
 —Pero mujer, con sombrero y su manteleta y todo cuento.
 —Como que á su marido le han dado un destino ahora.
 —Mía tú, mujer, un destino al *probe*, que apenas sabe leer.
 —Como que es de los que ahora mandan, ¡y ten *cuidao*, que si á mano viene, puede que *haiga* salido *diputao*.
 —Aquí vuelven. A ver si nos saludan.
 —Anda con Dios, mujer, que no te vamos á pedir nada.
 —Que V. lo pase bien.
 —¡Anda! ¡anda! Mira si se da tono y tiene finura. Que V. lo pase bien, dice. Abur, usía y la compañía.
 —Mujer, que se va á abroncar el marido.
 —Calla, hija, si vuelve á pasar por aquí, me va á tener que oír.



—¡Huyamos!
 —¡Sálvese el que pueda!
 —Pero, papá, que nos dejamos ahí el escabeche.
 —Anda, hijo, corre; y tú mujer, agarrate á mí y huyamos.
 —Pero, ¿qué pasa?
 —Tranquícense Vds., no es nada.
 —¡Jesús! estoy muerta.
 —Ha sido que se han escapado cuatro tiros á un tiempo de otras tantas carabinas.
 —Papá, vamos á recoger el escabeche.

—No, hijo, no, vamos á casa, que donde se escapan tiros, es fácil coger, sin querer, alguno de los escapados.



—¡Qué pueblo este de Madrid! aquí lo tiene V. tan de buen humor y con tantas ganas de divertirse.
 —Sí, señor, esa cualidad no la pierde nunca. Las mayores desventuras no le amilanan ni apocan.
 —Lo celebro, porque si las desgracias de la patria apuraran y entristecieran á este pueblo, por las calles iría todo el mundo llorando sin consuelo.

CASCABELES

Los periódicos de la situación están entusiasmados porque las elecciones han sido bastante pacíficas para los tiempos que alcanzamos; lo cual me parece que no tiene nada de particular, puesto que habiéndose retraído todos los partidos, solo han ido á votar los federales, y estos no habian de comerse unos á otros, bien que en algunos puntos les ha faltado poco.



Vaya, federales, ya sois todos diputados. Ahora á conquistar las dietas, mientras el país está á dieta.



En el preámbulo del decreto acerca de la nueva moneda federal, dice el ministro de la Hacienda que el Gobierno tiene el deber de *acometer con ánimo sereno y resuelto* la empresa.

¡Digo! ¡si será valiente el Gobierno! con ánimo sereno y resuelto va á acuñar moneda.

Ahora no sabemos si la moneda será de oro, plata ó suela de zapato.



El Gobierno va á vender los buques viejos y otros efectos de los arsenales.

¡Si estará apuradillo el federal!



No hay escape, tendremos que pagar un semestre de contribucion adelantado.

Por bien empleado se daría, y aun el año entero, si despues hubiera paz y sentido comun.

Pero ni paz ni sentido comun ni dinero habrá, aunque se paguen diez años adelantados de contribucion.



En muchos pueblos se ha quemado con cierta solemnidad la talla.

Verdaderamente, cuando es ministro de la Guerra un general de la talla del Sr. Figueras, y á este tenor anda todo en el país, ya no hay aquí talla posible.



Si serán federales en Balmaseda, que los dos candidatos para la diputacion obtuvieron el otro dia el uno cuatro votitos y el otro uno.

El primero bien puede decir que es diputado por inmensa mayoría, y el segundo puede decir tambien que solo le han faltado para serlo cuatro á cinco votos.

Eso sí, la eleccion no les habrá costado mucho.



No habiéndose recibido á tiempo la sentencia de nuestro que-

ruido amigo Trueba en el pleito del matrimonio, publicamos hoy una buena poesía que dirige al tribunal sentenciador una competentísima persona. Creemos que agrada á los lectores.

Los vecinos de la Carrera de San Gerónimo deben aprovechar la ocasión que se les presenta.

Para ver los episodios callejeros á que darán lugar las discusiones de las Cortes, habrá que alquilar balcones. Ningunos mejores que los de la Carrera de San Gerónimo, donde está el teatro.

Todo cuanto se diga en elogio de la gran actriz italiana señora Pezzana, no alcanza á dar idea de su extraordinario mérito.

Ninguna persona de buen gusto debe dejar de ir á admirar á la incomparable artista que en el drama, en la comedia y en la tragedia, hace prodigios de maravilloso talento.

Nada más decimos á nuestros lectores: vayan al teatro del Circo, y nunca olvidarán á Jacinta Pezzana, y jamás se cansarán de alabarla.

Hemos recibido la siguiente comunicación:

«Sr. Director de EL CASCABEL.

Muy señor nuestro: Roberto Robert ha muerto. El intencionado escritor político, el festivo y ameno literato, el hombre que pública y privadamente fué modelo de lealtad y honradez, ha bajado á la tumba tan pobre como había vivido, y en el instante en que un alto cargo, no tan alto como sus merecimientos, obtenido en justa recompensa de una vida de trabajo y abnegación, parecía abrirle los horizontes del porvenir.

En otro país, ménos extenuado que el nuestro por las convulsiones políticas y los intereses personales, la familia de Roberto Robert, heredera solamente del recuerdo de sus virtudes, tendría hoy, cuando ménos, el pedazo de pan que la patria debe á los que la sirven y la honran; aquí para tales infortunios no existe más que un remedio, al que afortunadamente no se acude jamás en vano: la caridad.

Unidos por este sentimiento y por la esperanza de que nadie verá en esta petición la ofrenda hecha al hombre político, sino el tributo rendido al ciudadano laborioso y modesto, los que suscriben, compañeros unos, amigos otros, admiradores todos del desgraciado escritor, apelan á la generosidad de sus compatriotas para que contribuyan con cualquier cantidad, por modesta que sea, á aliviar la triste suerte de la tan honrada como pobre familia de Roberto Robert.

Madrid 8 de Mayo de 1873.—Lorenzo Milans del Bosch.—Ramón de Campoamor.—Miguel Guijarro.—Pablo Nougués.—Carlos Fornos.—Eusebio Blasco.—Manuel del Palacio.—José Vallejo.—Federico Carlos Beltran.—Juan Sala.—Joaquín Martín de Olías.—Luciano Garrido.—José Luis Pellicer.—Manuel Matóses.—Enrique Pérez Escrich.»

EL CASCABEL no puede ménos de adherirse al caritativo pensamiento que ha dictado la invitación que dejamos copiada. Excitamos los generosos sentimientos de nuestros suscritores en favor de la desvalida y honrada familia del desgraciado Roberto Robert, á quien Dios, grande y misericordioso siempre, habrá recibido en su seno.

Era el Sr. Robert un escritor de peregrino ingenio, y siempre lo reconocimos así, aunque había un abismo entre sus ideas y las nuestras.

Los donativos se reciben en la librería de Guijarro, Preciados, 5; en el café de Fornos y en la Administración de EL CASCABEL.

EL CASCABEL se suscribe por. 160 rs.

La república llama á concurso para que se presenten troques con que hacer moneda federal.

Se conoce que piensa la república hacer mucho dinero. Este es el único medio que el Gobierno tiene de acreditarse; hacer dinero, y para probar las escencias de sus ideas, un tantico socialistas, repartir todas las semanas siquiera 2.000 pesetillas á cada ciudadano.

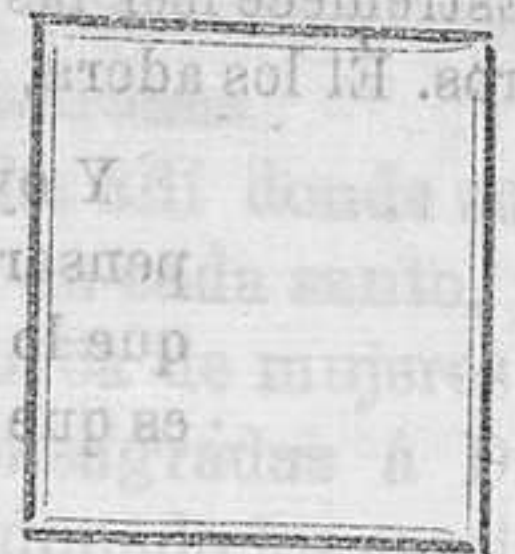
Hace dos años la Dirección de Correos resolvió plantear en España el sistema de correspondencia por tarjetas postales, medio de comunicación muy en boga en casi todas las naciones de Europa, y puramente ventajoso para el público, porque se omite el papel de cartas, sobre, cierre, y sello de lacre. Además, su principal ventaja consiste en que cuesta la mitad de precio que una carta. Como aquella Dirección no puede dar un paso ni establecer nada, sin la vena del ministerio de Ultramar, si se trata de las posesiones de Asia ó América,—del de Fomento, si se trata de ver con los ferro-carriles,—del de Estado, si se roza con el extranjero—y, por fin, del de Hacienda, para alterar las tarifas ó fabricar sellos, acudió á éste para que le fabricase las tarjetas. Durante el primer año no se halló cartulina suficiente, y *ad hoc*, en Madrid, y ha trascurrido otro año mas sin adelantar un paso. Las tarifas mencionan y autorizan el uso de las tarjetas, pero no se ha podido fabricar; ¡en dos años! lo que cualquiera imprenta ó litografía haría en un par de semanas. El público no ha podido alcanzar nada con sus reclamaciones en un asunto de tanto interés para el fomento de las relaciones de todo género. Por fin, ha roto la valla una persona muy conocida por su saber como literato, y por sus grandes conocimientos en asuntos de correos y filatelia: el doctor Thebussen. Le damos por su decisión la más cordial enhorabuena, y á él se le deberá la introducción de esa mejora.

Ha lanzado, y anda ya por España, la siguiente

TARGETA POSTAL, creada por superiores disposiciones de 10 de Mayo, 10 de Junio y 7 de Julio de 1871, y permitida su circulación en España según la tarifa de 15 de Setiembre de 1872.—Como al Gobierno se le hace cuesta arriba emitir las, el doctor Thebussen dispone esta tirada (Mayo 1873) para su uso y para regalarla á sus amigos.

(En este lado se escribe solamente la dirección, y por el respaldo la noticia que se quiera comunicar.—Circulan sin faja ni cubierta.—Es de buena educación pegar el sello de correo en el ángulo superior derecho del sobre.)

Al Sr. D. _____



Las oficinas de Correos han cumplido la tarifa vigente dando circulación á estas tarjetas, bajo todos conceptos curiosas y epigramáticas. En todas las colecciones y álbums filatélicos del mundo, quedará consignada *ad perpetuum* esa silba significativa á los hacendistas españoles.

Nos alegramos.

También circulan tarjetas postales del Sr. Emperáile, inteligente y acreditado librero de Bilbao.

Hemos recibido un libro que nos ha llenado de tristeza. Se titula *Los voluntarios de la Habana en el acontecimiento de los estudiantes de medicina*, por uno de éstos, condenado á seis años de presidio. En este libro se recuerda la gran desgracia del fusilamiento de ocho jóvenes estudiantes de medicina, de cuyo hecho hablamos cuando se verificó, manifestando nuestro sentimiento. La lectura de este libro nos ha entristecido profundamente. ¡Desdichados jóvenes!

Saballs ha entrado en Mataró, que está á una hora, ó poco más de Barcelona.

No se puede negar que es un mozo de empuje.

Este año para ir á tomar baños de mar habrá que dirigirse en una reverente exposicion al jefe carlista del distrito, el cual nombrará dos médicos que reconozcan al recurrente é informen si en efecto necesita los bañitos.

En caso afirmativo, se le dejará pasar para que se alivie, y si resultase no serle necesarios los baños, entonces se le hará pagar una contribucion y volverse á su casa, si puede.

Parece que á los trenes de viajeros acompaña fuerza armada para evitar los robitos.

La medida me parece muy conveniente y oportuna; pero no por eso deja de ser una vergüenza que haya que adoptarla.

En el Retiro habrá conciertos este verano, si el tiempo lo permite.

Buena falta hacen este verano muchas diversiones á ver si la gente se distrae de la política, que va á llegar al más alto grado de calor el mes que viene.

El miércoles fué asesinado el juez de Iznajar.

El asesino será naturalmente, indultado, que ahora ya no hay pena de muerte para los asesinos. Estos sí que la tienen establecida para los hombres honrados.

¡Y viva la federal!

Estremece leer las cosas que dice D. Roque Bárcia á los ministros. Él los adora, pero los llama *criminales* nada menos.

Y oyéndolo, el más bodoque pensará seguramente que lo preciso y urgente es que nos mande don Roque.

La Pinchiara continúa haciendo con los piés los mayores prodigios imaginables.

Este verano va á ser azaroso en Madrid; pero todo se puede sufrir con paciencia, teniendo en compensacion á la Pinchiara en Madrid.

¡Viva la Pinchiara!

Y vayan Vds. á admirarla en la escena del Circo de Rivas. Es un teatro cómodo, fresco, elegante y barato.

Parece que ahora hay mas coches pagados por el Estado que en tiempo de los moderados, á quienes tanto criticaban los que hoy se pirran por andar en coche. No era mas que envidia.

La isla de Cuba ha sentido profundamente la pérdida de la Avellaneda, ilustre hija de aquel suelo; además de la lápida que, segun anunciamos, se va á colocar en Puerto-Príncipe en el frontis de la casa en que nació la esclarecida poetisa, quieren los españoles de Cuba rendir otro más grande tributo de admiracion á su talento privilegiado. Hé aquí lo que nos escriben.

«La Directiva del Casino Español de Puerto-Príncipe ha reconocido como una deuda legítima consagrar á la «Tula Avellaneda» como aquí la llamamos, un monumento que immortalice la memoria de tan eminente poetisa camagüeyana. Pero como el monumento debe corresponder á la elevacion de la que tantas glorias ha sabido conquistar por el estro poético que immortaliza á los grandes génius, y el Instituto no tiene fondos para llevarlo á cabo, se propone abrir una suscripcion con el referido objeto, haciéndola extensiva, no solamente á la isla de Cuba, sino á Puerto-Rico, la Península y á todas las repúblicas hispano-ame-

ricanas en donde se habla el riquísimo y espléndido idioma español, porque el génio es de todo el mundo.»

Dignos de elogio son los buenos deseos del Sr. Castelar en pró de las bellas artes. Su pensamiento de crear una Academia en Roma es excelente, y desearemos que se realice.

La política lo estorbará, como lo estorba todo en este pais.

CUENTOS DE SALON

Se han publicado, y están de venta en la Administracion de EL CASCABEL, las siguientes novelas de esta popularisima Biblioteca:

- Una perla en el fango*, por Guerrero. Un tomo.
 - Brígida*, por Frontaura. Un tomo.
 - La camelia y la mariposa*, y *Una historia de lágrimas*, por Guerrero. Un tomo.
 - La doncella del piso segundo*, por Frontaura. Un tomo.
 - El vellocino de oro y Fea y pobre*, por Guerrero. Un tomo.
 - La maldita vanidad*, por Frontaura. Un tomo.
 - Madrid por dentro*, por Guerrero. Dos tomos.
 - El Hijo del Sacristan*, por Frontaura. Dos tomos.
 - La Manzana de la discordia y El sueño de la felicidad*, por Guerrero. Un tomo.
 - Las madres*, por Frontaura. Un tomo.
 - Anatomía del corazon*, por Guerrero. Dos tomos.
- Cada tomo cuesta 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PARA

LOS NIÑOS DE 8 A 16 AÑOS

DIRIGIDA POR DON CÁRLOS FRONTAURA

CON LA COLABORACION DE DISTINGUIDOS ESCRITORES

Y DE LOS MEJORES ARTISTAS.

CUARTO AÑO DE PUBLICACION

Una suscripcion por el año 1873 á *Los Niños*, es el mejor regalo que puede hacerse á un niño ó una niña.

Publica artículos morales, novelas, poesías religiosas, anécdotas, cuentos, comedias infantiles, nociones científicas, bliografías, retratos, lecciones de historia de España y natural, todo en forma amena y al alcance de los niños.

Salen tres números cada mes, ilustrados con preciosos grabados.

Cuesta la suscripcion: en Madrid, 12 rs. por tres meses, 22 por seis y 40 por año. En provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Van publicados seis magníficos tomos que se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias cada uno. Contienen originales de los más eminentes escritores y unos 600 grabados

Desde Febrero de este año, la misma empresa publica además un periódico en miniatura, titulado

LA PRIMERA EDAD

con preciosos figurines iluminados, acuarelas y lindos juguetes.

Se admiten suscripciones á este precioso periódico á 22 rs. por año; pero á los suscritores de *Los Niños*, sólo se les cobrará 14 rs. por año.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS

POR CASTELAR

Cada tomo, con un precioso retrato en acero, 5 rs.

Se han publicado 12 tomos.

VIDA DE LORD BYRON

POR CASTELAR

Preciosa edicion con un magnifico retrato en acero, 20 reales.

Dirigirse á nuestra Administracion.

MADRID:—1873

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos)